

El Desafío de la Mente

**Carlos Chimal. Escritor de ciencia.
Entrevista.**

Myriam Vidriales

El encanto de la cosa es tomar el desafío. Ese es el convencimiento íntimo de Carlos Chimal. La certeza que lo llevó a recorrer el mundo en un viaje en la que la lectura de tratados, libros y largos soliloquios para dar con las preguntas correctas, fueron las llaves a las puertas de los laboratorios en los que se cocinan los descubrimientos de hoy. Resultado de ese viaje, un libro que en 312 páginas en el que dialoga con 25 de las mentes más brillantes de nuestro tiempo. Un diálogo para el que el autor está seguro de que hay lectores.

Armonía y saber. En busca de una idea estética de la ciencia, es el casi nada invitador título de esta joya de la difusión científica. Pero hay que fajarse, no dejarse intimidar y, como dicen los rancheros, entrar al quite. Porque Carlos Chimal es el preguntón perfecto. Su curiosidad y agudeza intelectual, el conocimiento sobre los temas que toca, resultado no sólo de su formación científica sino de una vena periodística que lo ha llevado a ser uno de los más reconocidos divulgadores científicos de México, permite al lector gozar de cada una de las páginas. El resultado es un tejido de conversaciones en las que la ciencia, esa vilipendiada dama que hoy logra sólo titulares sensacionalistas en los diarios, recupera su lado místico, creativo, aventurero, estético, apasionado... científico, pues.

En esta entrevista, Chimal cuenta porqué escribió este libro, cómo fue la experiencia, que opina sobre el valor que le damos hoy día a la ciencia, su importancia en nuestras vidas y, sobre todo, su pasión por ella.

En su libro, el químico Peter Atkins, habla sobre la importancia que tiene el hecho de que, cuando se habla de ciencia, “el público esté convencido de que le importa lo que lee”. Usted, ¿comparte esta opinión?

Creo que sí. En cuanto una persona común se da cuenta de que hay una idea interesante detrás de

algo, que reta su imaginación, que lo desafía, toman el reto y les gusta explorar estos temas que parecen incomprensibles, pero que no lo son. La idea es invitar al lector a que forma parte del experimento

Hay poca confianza en la capacidad expresiva de muchos científicos, a algunos les parece chocante incluso tener que divulgar su ciencia y hay algunos que se esfuerzan. Pero es cuestión de estar alerta y ser sensibles al público. La idea es no hacer una difusión minuciosa cuando uno está en un bar, hablando con alguien, hay que escoger el momento adecuado. Se puede divulgar la ciencia para niños, amas de casa, contadores. Se les tiene que pedir que les importe lo que leen.

Es difícil pedir eso cuando los medios se fijan en la ciencia sólo cuando hay casos polémicos. ¿Cuál es su percepción alrededor de esto?

El interés de los medios es errático, hay muchos que lo hacen por *snoobs*, por moda. Y a otros, que tienen una intención de divulgación, no les gusta mucho porque es una relación ríspida. Es muy difícil tender el puente, que no se distorsione lo que quieren decir los científicos. Para mí, lo mejor es tratar de pasarlo de la manera más diáfana, y con la dosis que la experiencia uno puede decidir que es lo más adecuado para ese personaje. Uno tiene que hablar con metáforas adecuadas, y dejar detrás de ellas el espíritu de las ideas porque captar el espíritu hace que la salsa esté mejor condimentada para poder cocinar este trozo de carne, este guiso que hay que aderezar bien para que pase de la mejor manera. Creo que el divulgador tiene que estar pendiente de esto.

La información es también un tema importante, saber de qué se habla...

Es crucial saber interpretar lo que el público está esperando del tema, para poder divulgarlo de la mejor manera. Hay una necesidad de ser mesurado, estar alerta. Yo tuve la experiencia de contratar a periodistas muy ilustres, muy buenos para una revista del Cinvestav (Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional), y lograron buenas entrevistas periféricas, pero no pudieron nunca penetrar en el tema, porque no sabían qué preguntar. Eran buenas entrevistas superficiales pero no podían ir más allá. Yo tuve que tomar la estafeta y decir: “voy a estudiar la oncogénesis, o la química del fósforo y la física de las estrellas para poder regresar con el investigador”. Tomar dos meses y poder hacer las preguntas.

Gracias a esto, los científicos han encontrado que lo que hago tiene cierta confiabilidad.

En este libro usted dialoga con algunos de los más importantes científicos de nuestra época. ¿Qué tan difícil fue?

Fue relativamente fácil, porque con el impulso que traía yo con *Luz interior* (su libro anterior) de alguna manera ellos me recomendaron, me sugirieron nombres. Se armó libremente, jugueteando con unas ideas, pues si bien partió de un plan, fue saliendo gente, se fue pasando la voz.

¿Hay científicos que le hubiera gustado incluir y que no están?

Me hubiera gustado incluir a Antonio Lascano Araujo, especialista en el origen de la vida, a Richard Dawkins, el polémico genetista de Oxford. Y al sangrón de Oliver Sacks (neurólogo), pero es imposible hablar con él. Además luego perdí también un poco las ganas de verlo, porque leí su autobiografía y es malona...

¿Cree que la ciencia ha ganado terreno como asunto público, que es algo que importa a la sociedad mexicana?

Ha habido algún avance, pero es errático, espasmódico, se da a jalones. Hay gente que está más conciente y de alguna forma la sociedad sabe que estos son campos del conocimiento fundamentales para nuestra vida diaria. Tenemos la intuición de que nos atañe profundamente, pero a veces no queremos saber la verdad de que las cosas son complejas. Cuando nos convencemos que lo difícil es bello, que la dificultar recompensa, no en el sentido de conocimiento hermético, sino conforme la sociedad se convenza de que la ciencia puede ser una experiencia estética, iremos ganando terreno.

Pero en México hay pocos estímulos...

Ahora nuestros congresistas anunciaron que 1 por ciento del PIB (producto interno bruto) va a dedicarse a la ciencia, pero lo condicionaron y no han dado un quinto. Si estos buenos deseos se hacen realidad, la divulgación científica podría ser una realidad, habría más jóvenes interesados, ellos llevarían a sus casas estas nuevas ideas, las promoverían, seríamos una mejor sociedad. El problema de las autoridades y las administraciones, universidades e instituciones, es que parece que lo

único que buscan es salvar su propio pellejo, pasar el tiempo mientras ganan su dinerito. Es patético.

En un panorama poco optimista, su libro retoma la figura del científico-héroe, ¿por qué?

Los científicos, estando en tan mala situación económica, siendo su figura tan poco valorada, ¿por qué siguen? Porque son unos héroes. Es una ironía. Esta heroicidad es producto de una búsqueda estética y en nuestro país se baten a diario. Si admiramos a tipos como Blanco y futbolistas mexicanos que no saben perder sino golpear, yo pediría que dejáramos de admirar a estas bestias, y busquemos otros ejemplos.

¿En qué medida la ciencia nos puede hacer mejores?

Entre más sepamos del mundo que nos rodea, entre más nos importe, si no somos indolentes con lo que tenemos enfrente, seremos mejores. Esa es una actitud de la comunidad científica, que promueve la ciencia. No es que queramos un Einstein en cada cuadra, sino que seamos una sociedad que se acerque más a la verdad. Es como el reciente caso de los supuestos OVNIS*. ¡Es absurda la manera en que se tratan las cosas! Si tuviéramos una cultura científica más difundida, la gente no se tragaría esas cosas y podría estar atenta a temas más importantes.

¿Cuál es su opinión de iniciativas como la de la revista *Plos Biology*, (una publicación gratuita en internet que difunde los descubrimientos recientes y milita por la no concentración del conocimiento)?

Me parecen muy bien, justamente que el conocimiento se debe promover en todos los medios posibles, y uno de los más novedosos es la Internet. Es vital que el conocimiento esté en línea, ha habido temores de que puede ser mal usado... pues ni modo, así es la vida. No vamos a poner en la red como se hace una ametralladora, pero no por eso vamos a destruirla y volver al aislamiento. Creo que los experimentos deben de correr un poco como los transgénicos, hay que determinar si son buenos o malos, pero sobre la mesa, en forma transparente.

¿Cree verdaderamente que hay transparencia en el manejo de los descubrimientos científicos?

Creo que hay mecanismos de control, de intramuros, que permiten eso. Hay ambición, cosas humanas en

las que incluso se llega a la manipulación de la información, pero a final de cuentas hay controles, porque lo que se busca es mejorar la humanidad, saber porque las estrellas brillan, porque dentro de nosotros hay quarks que se relacionan con la mesa que está aquí junto.

¿Se considera un optimista de la ciencia?

Yo he tenido suerte, me siento privilegiado y trato de agradecerlo. En vez de ir a patear al contrario cuando me mete un gol, la idea es meter otro. Yo quiero creativamente hacer mejores libros, he podido triunfar en esto, ser recibido, reconocido y eso me deja ser mejor, *carpe diem*, entregar mi mejor esfuerzo. Soy más bien un escéptico optimista, trato caer en triunfalismos. La ciencia no tiene respuestas para todo, tiene respuestas sencillas a problemas muy complejos.

Cuénteme una mala experiencia que haya tenido.

Sidney Brenner, que ganó el premio Nóbel después de que lo entrevisté, es un neocelandés. Un señor chaparrito, rosado, protagonista en la lucha porque Inglaterra se quedara haciendo investigación genética en los sesentas. En esa época, en Cambridge, convenció a Thatcher y a la reina de que había que apoyar eso. Pues ese día que llegué a entrevistarle, cometí un desliz. Llegué con él y le dije: “Platíqueme usted de lo que hace”. Y me contestó: “Pero eso es ridículo. ¿Usted cree que le voy a hacer su trabajo!”. Y comenzó a interrogarme para ver si yo sabía suficiente de genética como para hablar con él. Me hizo un examen de genética en quince minutos. Yo estaba alucinando. Y luego me dijo: “Me va a hacer usted las mismas aburridas preguntas que me hacen los periodistas”. Aprendí la lección: uno tiene que enterarse.

Si se pudiera quedar con una sola ciencia sería...

La física, porque es la ciencia fundamental. La que genera el derrame tecnológico, generalmente el más poderoso ha sido el de la física.

¿Hasta dónde la libertad?

Toda. Irrestringida. Sin cortapisas. En el momento en que comienza a haber cortapisas, es como la Revolución Francesa, se vuelve un derramamiento de sangre. En el momento en que se ponen límites, divisiones del poder, se convierte en una lucha y nos puede llevar al Oscurantismo otra vez, y un día

terminamos apagando las luces... y las computadoras.

* Esta entrevista se realizó en el mes de mayo, cuando los medios mexicanos dieron cuenta de supuestos avistamientos de ovnis en el estado de Campeche, reportados por pilotos de la Fuerza Aérea Mexicana.

Los científicos

Las voces e ideas que nutren *Armonía y Saber* pertenecen a:

Stephen Jay Gould, biólogo Evolucionista
Thomas Eisner, químico, especialista en lenguaje de los insectos
Santiago Ramón y Cajal, neurofisiólogo
Peter Atkins, químico
Alun Anderson, editor de la revista *New Scientist*
Yves Laporte, neurofisiólogo
Jerzy Plebański, matemático-físico
Stephen Hawking, físico
Frederick Sanger, químico
Constantino Sotelo, neurólogo
Luis Herrera Estrella, biotecnólogo
Javier de Felipe, especialista en la micro-anatomía del cerebro
Emmanuel Pierrot-Deseilligny, neurólogo
Lena Jami, neurofísica
Jordi Agustí, paleontólogo
Harry Jerison, arqueoneurólogo
Javier Álvarez Leefmans, neurofarmacólogo
Philippe Sansonetti, microbiólogo
James W. Cronin, físico
Carl Djerassi, químico
Bernard Dujon, genetista
Álvaro de Rújula, físico
Rodolfo Llinás, neurofisiólogo
Enrique Fernández, físico

Entrevista reproducida con autorización de Punto G, periodismo cultural.